**La estatua muy extraña**

 —¡Inspector! ¡Maldita sea! ¡Inspector, despierte, que son las cuatro de la tarde y lo buscan de la Comandancia de la Guardia Civil! Ah, y póngase algo encima, por Dios santo —recuerdo que le grité, mientras recogía decenas de páginas a todo color con cuerpos desnudos de muchachas penetradas por más de dos orificios a vez mientras empleaban sus manos y sus pechos y su piel y cualquier articulación para frotar uno o más penes, mientras empleaban hábilmente sus dedos en la interacción contra sus eyaculadores enemigos sexuales, maldito cerdo gráfico.

 Cuando disimulé debajo de las alfombras y en el interior de los cajones aquella podredumbre pegajosa de papel cuché y oculté tras su biombo chino delicado a mi hermosa muñeca dominadora hinchable, me quité el tanga de castigo con suspensorio constreñidor y me puse unos calzones de gente corriente, me tapé los latigazos con la camisa y —algo que casi siempre se me olvida— me desprendí de la máscara de látex. Entonces abrí la puerta.

 Dos chavalotes con cara de pocos amigos invadieron el cuarto, tomando nota visual de vete a saber qué irregularidades supuestas que iban encontrando a su paso, mientas se escuchaban gemidos al fondo, en el cubículo del inspector, cada vez más *in crescendo*, y a mí se me caía la cara de vergüenza por lo que pudieran descubrir allí, ellos no tenían ni idea de lo estresante que podía resultar el cargo de inspector, ni con qué medios tan lastimosamente humanos ha de sobrellevarse.

 Finalmente, llegaron, y vieron a un hombre mayor envuelto en gripe, quejándose y estornudando y pidiendo al señor de los eucaliptos y mentoles que le proporcionase algún alivio. Buf, respiré, qué gran actor se ha perdido el mundo.

 —É hay de ueno, seores —preguntó.

 —Requerimos sus servicios, inspector. Se ha producido un descubrimiento increíble en las ruinas de XXXXX[[1]](#footnote-1).

 —¿Gue es?

 —No se lo podemos decir, señor.

 —En especial, porque no nos lo han comunicado, señor —se apresuró a decir su compañero, quizá enterado de lo jodido que era Covarrubias cuando se enfadaba.

 El inspector se enfrascó en una retahíla de estornudos e indicó con la mano que nos retiráramos, cosa que hicimos. Los llevé a la zona de la habitación que hacía de salón, donde los senté para que me dieran las instrucciones pertinentes y los billetes de avión.

 —Mejor despídanse de lejos para evitar el contagio.

 Estuvieron completamente de acuerdo, y en menos que canta un gallo ya estaban saliendo por la puerta que daba a la calle.

 Encontré al inspector a cuatro patas revisando por debajo de los muebles.

 —¿Qué hace?

 Recibí un gruñido por respuesta.

 —¿Puedo ayudarlo?

 Esta vez me ofrendó dos gruñidos.

 —Bueno, pues sea lo que sea que esté haciendo, procure terminar pronto, porque nos espera el transporte con los dos agentes en quince minutos.

 Me miró con cara de fastidio, se irguió, sacó algo de ropa del armario y se marchó refunfuñando hacia el baño para ducharse. Lo único que le entendí es que, si encontraba a la jodida gallina, no le hiciera caso, porque era muy mentirosa. Supongo que se trataría de algún chiste particular, aunque sí vi por el suelo un par o un trío de plumas.

 Al cuarto de hora, sentados en la parte de un C4 del modelo nuevo, y que olía también a nuevo, más teníamos de secuestrados que de detenidos, aunque se suponía que no éramos ninguna de las dos cosas.

 —Oiga, cabo…

 —Cabo primero.

 —Es cierto, disculpe, es que apenas pude verle el uniforme. Oiga, cabo primero, ¿por qué nos vendan los ojos?

 —Porque es una misión secreta, señor.

 —Entiendo, pero ya sabemos que vamos al aeropuerto de Barajas, ahora Adolfo Suárez, porque ustedes mismos nos lo dijeron, y nos dieron los billetes para volar hasta Batman, nombre que me pareció de chiste, pero comprobé que existe. Entonces, ¿a qué taparnos los ojos si ya sabemos a dónde vamos, por dónde, en qué auto y con quién?

 —Ya le dije, señor, es una misión secreta.

 —Ya. Y lo de las esposas, ¿por qué es?

 —La costumbre, señor.

 Un truco de escapismo, media hora, una parada forzada supuestamente para ir al baño y dos trancazos bien dados después, los guardias dormían en los asientos traseros y yo conducía a toda velocidad hacia Madrid. ¿Quién iba a parar un auto de la benemérita?

 —Dese gusto —me dijo el inspector—, que no cada jueves puede uno pasarse por el arco del triunfo las leyes de tráfico.

 Cuando llegamos a una curva peligrosa con un enorme toro de Osborne, ahora sin marca, el inspector puso su mano en el claxon y pitó dos veces, explicándome:

 —Ahí detrás suele estar un hijueputa agente, mire por el retrovisor central.

 Y, en efecto, un agente con casco de motorista salió a la carretera y se cuadró tras nuestro paso.

 Con el tiempo, los bellos durmientes fueron despertando, y estaba claro que no regresaban al mundo con buenas intenciones, pues lo primero que hicieron, uno primero y luego el otro, fue tratar de echar mano a su Beretta, pero se las habíamos requisado momentáneamente y, además de las esposas, les habíamos regalado unas hermosas ligaduras que los fijaban al asiento y les restaban mucha movilidad. Pero no les vendamos los ojos, eso nos pareció inhumano.

 Al principio estaban cabreadísimos y nos prometieron hasta consejo de guerra, después de darnos una paliza y matarnos a tiros, pero poco a poco se fueron calmando cuando entendieron que solo los habíamos puesto en la misma situación que ellos a nosotros, y cuando el inspector los convenció de que resultaría muy poco productivo que le dijesen a sus superiores que un par de tipos desarmados, esposados y vendados les habían pegado una paliza y los habían sometido. Y les habían quitado las armas, algo sagrado.

 —Nosotros seremos tumbas, y más por la cuenta que nos trae, para que no nos procesen.

 —De acuerdo —dijo el cabo primero al cabo de cinco o seis minutos—, callaremos si nadie nos ve, pero, si se presenta algún problema, dense por perdidos.

 —Es un trato. Entonces, hasta que pase algo, por favor, pónganse cómodos. Supongo que entenderán por qué no podemos desatarlos todavía, apelamos a su comprensión.

 Cuando ya habíamos pasado la mitad del camino, empezamos a trabar conversación con ellos, para rebajar la tensión inevitable, charlando de cualquier cosa, haciendo como que ellos nos interesaban, incluso preguntándoles por cosas íntimas, hasta que el inspector quiso saber que significaba el P. P. del nombre del cabo primero.

 —Planned Parenthood, señor.

 Igual que la mayor internacional abortista del mundo. Hubo un ligero silencio. La idea revoloteaba por mi mente y no se marchaba, no me dejaba en paz, y ponía mi mente en blanco, o me perdía en la conversación que ellos mantenían, y la idea volvía, una y otra y otra vez, hasta que, mucho tiempo después, pretendiendo disimular, señalé con el dedo en la ventanilla algo externo, mientras profería:

 —Qué curioso.

 —Sí —contestó él—, me lo dicen siempre, pero ya estoy harto de contar la historia.

 Me sentí como un verdadero imbécil. Cuando miré por el rabillo del ojo al inspector, comprobé por su expresión que él opinaba lo mismo de mí. Bueno, al menos coincidíamos una vez.

 Un rato después el cabo intentó el viejo truco del me meo:

 —Por favor, por favor, les juro que es verdad, me estoy orinando, señores, les suplico que se orillen en la carretera para que pueda desaguar.

 —Ah, señor cabo primero —respondió el inspector—, desahóguese ahí mismo, no se preocupe, que el auto no es nuestro. Usted obre con naturalidad.

 Hubo una lluvia de insultos y amenazas, pero las ligaduras estaban bien fuertes y resistieron el embate.

 Al llegar al aeropuerto y estacionar, tuvimos que llamar a un bueno para todo al que conocíamos de anteriores aventuras —en las que robaba autos, es cierto— y le dimos un buen dinero por desatar a los señores y aguantarles la boca.

 —Si se ponen peligrosos, solo pregúntales cómo explican que los hayamos desarmado estando esposados y no siendo del cuerpo. Eso escocerá, ya verás. Pero, si la cosa se pone difícil, recuérdales que tu tío es teniente coronel, y ahí se te deben cuadrar.

 Abordamos un avión de la Turkish Airlines. A mí me ponen nervioso esas cosas, la verdad, pero en esta ocasión me venció el sueño y, a partir de la segunda hora, no me enteré de nada hasta que aterrizamos, y aún así tardé en despejarme por completo bastante tiempo. Para mí que el inspector me echó algo en la bebida aprovechando que fui al baño. Nunca lo sabré, aunque estoy convencido de que no es, ni mucho menos, la primera vez que me lo hace. (¿A eso se deberán mis repentinos ataques de sueño? Debo ser más cauto con la bebida cuando él esté cerca).

 En el aeropuerto nos estaban esperando Mendoza, un espía de la Embajada española con cara de buena gente, pero muy chato, que se presentó como miembro del CNI, y uno del MIT, el servicio de inteligencia turco, que no hablaba ni papa de español y se entendía con el otro en alemán, por lo que nosotros dependíamos de la traducción final que nos ofreciera aquel civil.

 Como no traíamos más equipaje que nuestras bolsas de mano, pronto estuvimos en el auto, rumbo a nuestro destino desconocido. Conducía el turco, no solo muy hábil en subirse a las aceras y adelantar sin pudor en las carreteras de dos carriles aunque viniese alguien de frente, sino capaz de entender que las escasas señales eran apenas recomendaciones, y capaz también de insultar verbal y gestualmente en ese idioma del que nosotros no sabíamos nada.

 —Fui yo quien los pidió, inspector —aseguró Mendoza mientras esperábamos que se quitasen del medio una furgoneta de reparto y un camión, que habían emparedado a un viejísimo R12; montando entre los tres, nuestro guía y los demás conductores de ambas direcciones daban un concierto de cláxones y palabrotas al que algunos transeúntes también se sintieron invitados.

 —No sé si me hace un honor o una afrenta.

 —Un honor, sin duda. Hace poco que me han trasladado de Panamá: yo estaba allí cuando usted solucionó el problema de los ovnis, y me impresionó lo rápido que lo hizo y cómo dejó a todos calmados.

 —Ah, pues me alegro mucho, señor Mendoza, aunque no recuerdo exactamente si aquello acabó bien.

 —Bueh, pues hubo de aquí y de allá, pero lo básico es que usted evitó una intervención militar estadounidense que ya estaba en camino y que la gente dejó de ver tonterías en el cielo. Es más, una encuesta reciente indica que los panameños no creen en extraterrestres ya, y ni siquiera creerían en ellos aunque los tuvieran delante, lo que nos permite hacer en el cielo esas cosas que usted sabe que hacemos sin que nadie ande molestando. Y eso es su mérito, inspector, y de su respetado colega —aseguró, señalándome a mí con el gesto—. Nadie lo hubiera hecho tan rápida ni tan efectivamente como ustedes.

 —¿Y aquí también hay platillos voladores? —preguntó Covarrubias.

 —Ojalá, porque así sabría cómo lidiar con ellos, siguiendo su enseñanza. Esto es más complicado aún, pero necesito que lo vean, no les puedo explicar más hasta entonces.

 Con una serie de bruscas maniobras y un poquito de paciencia, salimos de la ciudad. Las carreteras eran buenas y no había mucho tráfico. Al caer la noche, el conductor dijo que era mejor parar en algún hotel y descansar, porque no era seguro continuar sin luz, se cruzaban muchos animales, había socavones y gente caminando sin tela reflectante, y ciclistas sin luces. No deseábamos un accidente.

 Entramos en un pueblo no tan pequeño y el turco aparcó en el estacionamiento de un hotel con bastante buena pinta. Le dijo algo a Mendoza y este nos lo transmitió a nosotros:

 —Dice que es aquí donde tenemos las habitaciones reservadas.

 —¿Alguien aparte de ustedes, sabe que hemos venido?

 —Sí, claro. Por parte de ellos, no sé. De nuestro lado, el agregado de Defensa tuvo que autorizar la operación y la Embajada entera aquí lo sabe, usted es un hombre famoso. Como se requieren fondos, se avisó a Madrid, desde donde contactaron con la Guardia Civil para que les pidiera venir. Inevitablemente, la BND alemana debe saberlo, porque están en pleno pique con los turcos, y seguro que algún otro socio comunitario se habrá enterado, de rebote, además de los israelíes, a quienes el tema los atañe muy directamente, y al gran hermano gringo. Claro, y usted sabe que, lo que interesa a estos, interesa a los rusos y a los chinos. No creo haberme dejado a nadie.

 —¿Andorra?

 —No, ellos no me suenan.

 —Pues menos mal. Solo les faltó anunciarlo en televisión y … —se dio una palmada en la frente, como cayendo en la cuenta de algo—. ¿Sus teléfonos móviles son seguros o son los personales?

 Mendoza le preguntó al compañero y, tras su respuesta, nos dijo:

 —Los dos son los de uso personal. ¿Eso tiene alguna importancia?

 —Sí, quiere decir que quienes no sepan que vamos a quedarnos en este hotel pueden rastrearnos por sus GPS, escuchar nuestras conversaciones por sus micrófonos y ponerles imagen gracias a las cámaras.

 —Parece disgustado, inspector. ¿Quiere que nos cambiemos de hotel?

 Hubo un silencio de unos quince segundos, en los que yo percibí con claridad el sonido de los engranajes cerebrales de Covarrubias urdiendo un plan. Al final, una sonrisa imperceptible le iluminó el semblante.

 —No, no, está bien así. Usted comparta la habitación con el turco y vigile lo que habla por teléfono. Si le parece que inicia alguna conversación sospechosa, avísenos inmediatamente. Confiamos en usted.

 —Pues le estoy muy agradecido por la confianza, pero de poco nos va a servir tanta vigilancia si habla en turco. En fin, haré lo que me pide.

 —No esperaba menos. Por cierto, imagino que su amigo está armado, ¿y usted?

 Cenamos allí mismo y luego subimos a las habitaciones. Desde que entramos en la nuestra, Covarrubias se dedicó a revisarla con un detector de micrófonos, primero, y a hacer cálculos después, la midió varias veces a lo largo y a lo ancho, tomando en cuenta en especial la puerta y la ventana. Luego lo vi pegar unos sensores en las paredes que se cruzaban. Apagó la luz y me dijo que me durmiera, aunque él siguió trasteando en la oscuridad durante largo rato.

 Y luego ya no me enteré de más hasta que me desperté de repente, con una sensación angustiosa de opresión en el pecho, no podía moverme y, en el cuarto, en apariencia cerrado, había cuatro seres extraños y cabezones, con ojos enormes, dos se inclinaban sobre mí y los otros dos sobre la cama de Covarrubias. ¡Nos iban a abducir!

 Y, entonces, cuatro truenos hicieron estallar la habitación. Hasta ahí supe.

 Desperté en el asiento de atrás del auto, junto a mis compañeros (el espía a mi lado, Covarrubias delante), y sintiéndome terrible.

 —¡Los he visto! —casi grité—. Son reales, inspector, y estaban tratando de abducirnos.

 —Estaba usted drogadísimo, estimado, con gas, como imaginé que ocurriría. Ya sabe que cuando nos llaman para misiones extrañas yo siempre llevo mi careta antigás y las gafas de visión nocturna. Nuestro amigo Mendoza me prestó su Smith & Wesson de dos pulgadas…

 —Chata, como yo —bromeó Mendoza.

 Nos reímos. Bueno, no, solo yo me reí y los demás me miraron de mala manera.

 —Ese pequeño revólver nos salvó el trasero. Imaginé que nos atacarían allí, antes de que llegáramos a donde sea que vayamos, y antes de que podamos aportar ninguna ayuda. Por alguna ridícula razón, nuestra fama nos precede, estimado, y el asunto debe de ser lo suficientemente importante como para enviar contra nosotros un equipo tan sofisticado. Pero, como yo los estaba esperando, ahora la policía turca tiene cuatro heridos embutidos en trajes de goma, a los que tratarán como alto secreto, y con los que seguramente resuelvan más de un misterio internacional. Lo deseable sería que compartiesen con nuestra Embajada los resultados, pero no tentemos a la suerte, bastante ha sido con que nos hayan dejado continuar con solo mi declaración y un análisis de su sangre, así que seguro que nos dicen que sí van a darnos la información completa y, al final, no nos darán nada, pero hasta aquí ya estamos agradecidos —dijo esto mirando por el rabillo del ojo al turco, que teóricamente no se podía haber enterado de nada, pero al que se le escapó una sonrisa que hasta yo pude captar a través del espejo, lo que me impidió quejarme por el análisis del que no sabía nada, y cuya señal encontré en mi brazo; casi me desmayo.

 Ocurrieron muchas más cosas durante el viaje, pero yo solo podía pensar en aquel pinchazo vampírico que me había vaciado las venas, con lo que a mí me marea eso. Malditos degenerados, ¿para qué querían mi sangre? Sí, claro, me explicaron que para analizar el tipo de droga y rastrearlo, pero había sido un precio personal demasiado alto, a mi entender.

 Mientras comíamos, llamaron al turco. Regresó con gesto muy serio y dijo nosequé.

 —Nos comenta que dos de los asaltantes han muerto y que otro se encuentra en estado crítico.

 —Ya verás cómo al final se mueren los cuatro y no podrán sacarles ni una pizca de información, eso es lo que va a pasar. Qué remedio: su país, sus reglas.

 El inspector me parecía demasiado calmado y conformista para lo que solía ser, pero creí entender que sospechaba del turco. Yo también puse cara de sospechar de él, y por debajo de la mesa recibí un puntapié en la espinilla que me hizo ver las estrellas.

 El turco volvió a hablar, señalándome con el dedo, y Mendoza tradujo lo siguiente:

 —Dice que el análisis de la sangre de usted dio positivo para BZ, un gas paralizante y alucinógeno empleado por primera vez por los Estados Unidos, aunque a estas alturas cualquier país puede fabricarlo, cuyos efectos secundarios aún le van a durar un buen par de días. Además, arrojó niveles altos de cocaína, marihuana y alcohol.

 —Qué gas tan completo —me excusé.

 Sería la media tarde cuando llegamos a Göbekli Tepe, la colina del Ombligo, la ciudad más antigua de la humanidad. Inmediatamente nos llevaron a un barracón donde se guardaban las herramientas y, en este caso, el gran descubrimiento. Nos pidieron que nos sentáramos, y eso hicimos.

 Una excavación con ese nombre y esa importancia se había quedado en mi memoria, así que cuando se acercó a nosotros un tipo con el cabello gris, gafas y voz de mando, me levanté y le tendí la mano para saludarlo:

 —El doctor Schmidt, supongo —dije, en inglés.

 Él me miró sorprendido.

 —En realidad, no —me respondió en español, como con algo de frenillo—. Él murió hace cuatro años. Por favor, asegúrense de que no hay nadie espiando y cierren la puerta.

 Cuando lo hicimos, volvimos a sentarnos en torno a la mesa, en la que el sabio sin nombre había colocado un bulto tapado por un trapo grande.

 —¿Es esa? —preguntó Mendoza.

 —Sí, señores, esta es la raíz de nuestros problemas —aseguró mientras develaba una escultura de piedra bastante feúcha de dos sujetos, uno detrás del otro.

 —No entiendo qué tenemos que ver nosotros con esto —replicó Covarrubias.

 —Por favor, describa lo que ve.

 Un poco a regañadientes, el inspector comenzó:

 —Es una estatua de dos tipos. El de adelante tiene por ojos dos piedrecitas que parecen cristales, es chato perdido, como si le hubieran arrancado la nariz —en ese momento, como si los efectos secundarios del gas se hubiesen apoderado de mí, no-miré con todas mis fuerzas a Mendoza, que sintió claramente mi no-mirar y me metió un codazo—, con una inmensa expresión de alelado feliz, que lleva puesta una camiseta o jersey con cuello de pico, de dos picos, esto es, un triángulo debajo de otro, en un diseño muy futurista que recuerda a *Viaje a las estrellas*, o a *Perdidos en el espacio*, algo que no puede ser porque esta talla es de hace ocho o diez mil años, según supongo. El tipo se está sosteniendo los cataplines con las dos manos. Detrás de él, como bajando de una nube y con un pie ya en tierra, hay un señor raro, con alas y barba, que se parece bastante a los *anunnakis* sumerios, con cara yo diría que de depravado y, vaya, que parece que le está tocando el trasero al de adelante.

 —Fíjese bien: le está metiendo el dedo.

 —De acuerdo, los antiguos eran unos cochinotes, o el de adelante no puede soltar lo que tiene entre tripas y su amigo lo ayuda a limpiarse, ¿qué pintamos nosotros en esto? ¿Acaso somos expertos en dedos? ¿O en anos?

 —Inspector, no se da cuenta usted de la transcendencia mundial de este descubrimiento. No más de veinte personas han llegado a verlo, pero se nos acaba el tiempo y pronto no nos quedará otro remedio que presentarlo públicamente. Coincidirá conmigo en que no parece una representación simbólica, sino que, por su expresividad y detalle, seguramente el artista trataba de representar una escena que había visto, algo real. Y el mundo sabrá que los habitantes de la primera ciudad de la historia creían en hombres que venían del espacio y cuya intención no era ayudarnos, sino meternos el dedo.

 —¿Eso es tan grave? Hoy muchos locos piensan lo mismo.

 —¡Exacto! Es una imagen tan gráfica y directa que hasta los niños la van a entender, y esa maldita panda de locos van a usar esta estatua como bandera de sus estupideces, y en todos los programas de seudohistoria veremos la constatación de lo malos que son los antiguos alienígenas, y pondrán nuestros nombres del equipo de arqueólogos que trabajamos aquí se verá mezclado con esas fantasías y nos pondrán o como alucinados, como ellos, o como conspiradores. Nuestras carreras se irán al garete y Göbekli Tepe se llenará de visionarios, habrá que reforzar la seguridad y aún así cada poco entrará algún tarado y romperá algo o lo cambiará de lugar o lo robará.

 —Nosotros somos policías españoles, aún no entiendo qué hacemos aquí.

 —Por el lado turco, el ministro de Turismo y Cultura tiene esta excavación como algo primordial, y quedaría salpicado en el escándalo, porque uno de sus familiares cercanos es el jefe administrativo de esta. Además, por el lado de los borbones estoy yo, el principal investigador extranjero: en cuanto le diga quién soy, me va a entender.

 Se acercó al inspector y le cuchicheó algo al oído.

 —¡Oh! —exclamó el inspector levantando las cejas—. Reconozco que tiene usted influencias. Entonces, ¿para qué somos buenos?

 —Necesito alejar esa catástrofe intelectual.

 —¡Eureka! —grité con alegría; estaba claro que el gas todavía me afectaba—. Explique que los habitantes de Göbeklitepe creían que los *anunnaki* habían inventado la proctología.

 —Lo drogaron —se adelantó a excusarme el inspector.

 Un momento después estábamos en plena efervescencia siguiendo sus órdenes: buscábamos instrumentos, asegurábamos el perímetro, encargábamos algo de comer.

 En una de estas, quedé haciendo pareja con el arqueólogo, y decidí dorarle un poco la píldora para que me perdonase el patinazo de un rato antes.

 —Pues, oiga, debo decirle que habla usted el español para ser, ¿de dónde?

 —De Logroño.

 —Para ser de Logroño, hombre.

 Con esa me consagré. Menos mal que al cabo de un rato el inspector me pidió que me quedase a su lado, encerrado con él en la barraca, quiero creer que por cuidar de que nadie entrase.

 Él estaba frenético, iba de aquí para allá midiendo la escultura, hacía cálculos de resistencia y de dureza, y anotaba minuciosamente los resultados en una libreta. Un traguito de vino del país y vuelta a la tarea.

 Repasaba los recovecos de la escultura con un pequeño punzón metálico que se volvía la parte sensible de su mano, diríase al verlo que le había traspasado el tacto.

 Habían transcurrido poco más de dos botellas y aún quedaba algo de luz vespertina cuando sus cálculos concluyeron en un punto preciso sobre el que colocó el punzón y, como en un arrebato, con algo parecido a un martillo de joyero pegó un soberbio golpe que separó dedo y culo con tal precisión que la fisura anal continuaba las formas naturales.

 Me quedé acojonado.

 —Haga pasar al profesor, estimado —me dijo, y yo lo escuché como en la lejanía, en un estupor en parte propio y en parte circunstancial.

 Fui por él y le pedí por señas que me acompañara, y fui incapaz de responder a ninguna de sus preguntas hasta que lo hice entrar. Entonces, Covarrubias, tratando de contener su euforia, le hizo notar la perfección con que habían sido separadas ambas entidades y le dijo al cuerpo prácticamente inerte del arqueólogo, pálido, con la mirada perdida y el gesto congelado, al borde del patatús:

 —Aquí tiene, doctor, una maravillosa figura neolítica que usted ha descubierto. Y no se preocupe, yo me voy a encargar del *anunnaki* para que sea perfectamente conservado sin que jamás se pueda relacionar con esta excavación ni con usted, mucho menos con el antiguo compañero de dedo. Aquí paz y en el cielo gloria —bendijo, envolviéndolo en un paño y cargando con él hasta la puerta, donde me hizo que lo ayudara—. Lo dicho, doctor, muchos éxitos.

 Y así nos despedimos.

 Llegamos hasta donde estaba descansando Mendoza.

 —¿Hay novedades? —preguntó.

 —Mendoza, ¿el auto en el que vinimos es de nuestra Embajada o de los turcos?

 —Es de ellos, pero nos lo han prestado a la fuerza conjunta.

 —Estupendo. ¿Tiene usted las llaves?

 —No…

 —Pero sabe hacer un puente, ¿verdad? Hay que salir de aquí cagando leches. Por cierto, mejor deje su teléfono sobre la mesa, pero apunte el número de algún amigo que le sea leal. Vamos a necesitar cierta información.

 Cinco minutos después nos perdíamos por esas carreteras que ni siquiera conocíamos, con la esperanza de que cayera la noche y ellos no se atrevieran a seguirnos, lo que nos daría un poco de ventaja hasta el amanecer, momento ideal para cambiar de vehículo.

 —Me tienen en ascuas, ¿qué ha ocurrido? ¿Solucionaron el problema?

 —Puedo asegurarle que ya no hay problema.

 —¡Felicidades! Pero, entonces, ¿por qué parece que huimos?

 —Porque estamos huyendo. Ellos puede que tarden como una semana en darse cuenta de que les he hecho el favor de sus vidas, y de que les he dado exactamente lo que pidieron. Pero, tranquilo, cuando lo reconozcan y vean que la vida continua y que todos han salido ganando, seguro que hasta lo ascienden, Mendoza, seguro que sí. Pero, mientras tanto, mejor nos escondemos.

 Un par de pueblos después, conseguimos un teléfono. Mendoza localizó un aeropuerto para vuelos chárter. El inspector hizo varias llamadas hasta que dio con el comprador idóneo para la pieza que describió como «la evidencia irrefutable de que hemos sido visitados desde la antigüedad». Al amanecer, un precioso Eclipse 550 para seis pasajeros nos recogió en la pista. Hubo menos papeleo que billetes, y el mismo mecánico que nos atendió se encargó de llevar nuestro auto a veinte kilómetros de allí y de llamar al turco anónimamente para *devolvérselo*.

 —Grecia está preciosa en esta época del año —dijo Covarrubias—, ya lo verán, y más con los veinte mil que le voy a dar a cada uno por haberme apoyado.

 Yo, que había tenido la oreja muy cerca del teléfono cuando él negociaba, escuché que habían zanjado la compra en medio millón, pero no me quejé, veinte mil son un montón de billetes. Bendito inspector.

1. Göbekli Tepe, pero es un secreto, ustedes no pueden saberlo aún. [↑](#footnote-ref-1)